

moral, que en estos casos de Justicia, debía tratar de aproximarse, cuanto más pudiera, a la certeza metafísica.

### La Novela Policiaca

□ No tan a propósito de crimen, siguiendo en lo anterior, como a propósito de literatura, entrando en materia nueva, olvidando la señal precedente, es menester dar su importancia (y aunque no se la queramos dar, la tiene), a la Novela Policiaca. Cada día se lee más novela policiaca y cada día da más a ganar a sus autores este género novelesco. Y cada día adquiere más valor su consistencia, haciéndose más artística, más asequible al paladar del gustador de buenas materias escritas.

Sobre todo, en estos días de análisis excesivo, cuando cada acto del protagonista de una novela es arrancado desde sus más recónditas raíces (a las que se hacen ilusión de que llegan, los pobres escritores), ahora en que ya no se hacen cosas tan excelentes y divertidas como «Los Miserables», sino que, por obra y desgracia del gran Proust (grande él, como caso único, pero, pequeños sus secuaces, traperos de sensaciones), se destiñen las psicologías y se hurga en el sexo, en las sensaciones, en la cuarta dichosa dimensión y en otras zarandajas de cátedra plúmbea... ¿por qué no echar un cuarto a espadas sobre la novela policiaca, género interesante, atrayente, que se hace devorar y que limpia de polvo y paja la pesadez de un analista o la facundia de un decorador de ambientes?

No es la novela policiaca un género despreciable, ni merece ser mirada, así, por encima del hombro. No llegarían a escribir novelas policiacas ni medianamente decentes, muchos que se atiborran de caracteres, limpiándole los zapatos a los psiquiatras y a los leguleyos. Como la novela de aventuras, la policiaca tiene su altura y en ella caben, como en cualquier género, el genio y el currinche, el escritor y el escribano. A unos el triunfo y a otros el palmetazo.

Pasados los tiempos de Conan-Doyle, de Maurice Leblanc, de Gastón Leroux, y, sobre todo, de ese amenísimo Ponson du Terrail (que recomiendo como contraveneno para después de una ingestión o indigestión de ensayos sociales), entra la novela detectivesca en un nuevo ciclo. Pero no cabe negar a estos predecesores (y con ellos a Oppenheim, Wallace y Le Rouge) la llamada de atención y casi la apertura del procedimiento. El nuevo ciclo de la novela policíaca tiene, como el ciclo anterior, en muchas ocasiones, una distribución de personajes que se hace casi inevitable: El detective, el *detective amateur*, el compañero del detective (agente, comisario, inspector o lo que sea), generalmente tontaina y limitado. Y el crimen irresoluto, el misterio cerrado que se va abriendo poco a poco, con un arte difícilísimo, a los ojos del lector, que es el último y el más importante de los personajes de la novela.

Cabe distinguir, en la novela policíaca contemporánea, dos géneros, que suelen corresponder, como trataré de señalar más adelante, a latitudes geográficas diferentes. Hay un tipo de novela que comienza por el final. Estas, que son las que inician el libro con un crimen, con la aparición de un muerto o la desaparición de un vivo, y a partir de ahí, retrotraen acción y nudo para desenlazar al final, corresponden, generalmente, a los autores anglosajones. Las otras, las que no revuelven el sistema técnico, sino que se limitan a presentar un hecho y a deducir sus consecuencias, volviendo sólo en un detalle esencial (valga la frase) al final del último capítulo, son cultivadas de preferencia por autores franceses.

Y al nombrarles, me place insistir en la calidad de la novela policíaca francesa contemporánea. Sin quitar su valor a un Abott, a un Van-Dine, a una Agatha Christie, se me antoja que las novelas de Simenon, Very, Fauchet y Noel Vindry, franceses, han marcado un aire de importancia en el cultivo de este sector literario, digno de compararse a los mejores autores sa-

jones, y distinto de ellos en un sabor especial, muy del agrado de temperamentos latinos.

Van-Dine, con su Philo Vance, perito en crímenes, es un excelente escritor, inimitable, complicado y de una imaginación detallista portentosa. Agatha Christie, ha llegado a deslizar al lector por caminos tan insospechados, sugestionadores y pendientes, que un libro de esta escritora se adueña del lector, como pocas obras exteriores se apoderan de un ánimo. En una novela de Agatha Christie, el lector llega al colmo del chasco y no puede indignarse. En una, especialmente, donde el protagonista habla, en primera persona, de unos crímenes que trata de descubrir, siendo, al final, este narrador y personaje, el autor de los asesinatos.

Pero, la humanidad vibrante, sencilla, poética, que pone Georges Simenon en sus novelas, es difícilmente superable. Son obras sencillamente magistrales, aunque se prescindiera en ellas (con suma dificultad), del ambiente policíaco. Abono de esta opinión pueden ser «Les Suicidés», «Le Locataire», «La Guinguette a deux sous», «Le Port aux brumes», y, en fin, toda su obra. Y para admirar más aún a Simenon, conviene saber que estas obras se suceden unas a otras en un incansable trabajo. Simenon vive en un barco, a orillas del Sena, junto a los muelles de París. Lo deja bogar a favor de la corriente cuando quiere retirarse, al amanecer, para, en la soledad de las riberas campestres, trazar su obra, de la que escribe diariamente, una cuarta parte de novela de trescientas a cuatrocientas páginas. (El crítico dirá que son inevitables mamarrachos, estas novelas. No le recomiendo que las lea, para que no pierda el tiempo que tiene que dedicar a ver la primera vez que apareció, en «La Araucana», la palabra «landrecilla»).

Pierre Very y Noel Vindry, son dos descubridores de nuevas rutas. Very es, por confesión propia, un autor de cuentos de hadas para mayores. «L'assassinat du Père Noel» es un delicioso romance fantástico, con sus buenos comisarios de la Policía

Judicial. Fauchet, que abusa a ratos de los detalles truculentos, cuando descende a la descripción anatómica, casi de quirófano y autopsia, compensa estos detalles (muy pasajeros, a pesar de todo, en la narración, no sé por qué) con un humorismo de la mejor ley, que aliviana y agradece el contenido total de la novela. Su serie, de diversos títulos, rotulada en general «Aventuras de M. du Biquet» es quizá lo más nuevo y seguramente lo más curioso de la novela policíaca actual.

No pretende el que señala, colocar este género sobre otros cualesquiera. Ni sería cuerdo, ni siquiera ocurrente. Le basta con manifestar un síntoma de actualidad y con recomendar, en las horas de lectura literaria (en el buen sentido de la palabra, opuesto a todo lo que no indique Arte, con mayúscula), a recomendar un paso alterno, que, por ejemplo, podía distribuirse así, al tratarse de contemporáneos: Hoy, lectura de Gide, mañana, de Simenon. Hoy, lectura de Unamuno; mañana, de Abbot. Hoy, lectura de Huxley, de Pirandello, de Duhamel. Mañana, de Very, de Fauchet, de Van-Dine. Y si quisiera volver un poco atrás, no dejar las «Afinidades Electivas» sin un pequeño intermedio, dedicado a «Notre Dame de París», de ese imbécil de Víctor Hugo, que diría Farrère. Terminar con Renán o Chamisso, para sumirse en el simpático Rocambo!e durante un tiempo. Aquel Rocambo!e con quien el azar no tenía nada que ver.

En último caso, como ejercicio y gimnasia, la novela policíaca es el método seguramente mejor y más exacto para llegar a escribir después, otras cosas de otro orden, quizás más permanente. Así lo afirma Ramón Fernández, lo reafirma Pierre Very y lo puede afirmar, humildemente, el que señala, por conocer algún caso de cerca.

San Michele

□ San Michele está en la más alta cumbre de Capri. Forma una pequeña meseta verde, con hortalizas y árboles frutales, blanca de piedra en la iglesia diminuta y en la muralla que cer-